

CAPÍTULO V.

Estado de la corte. — Luis XV y la reina. — Las señoritas de Charolais. — De Clermont. — De Sens. — La condesa de Tolosa. — Las cacerías de Rambouillet y de Satory. — Mr. de Melún. — Libertades de lenguaje. — Lapeyronie y la señorita de Charolais. — Conducta de Fleury. — Se conspira contra la reina. — El brindis de Luis XV. — Ansiedad de Fleury. — Mr. de Richelieu. — Mad. Portail. — Lugeac. — El despacho de pensión de la cábala de Mr. Fleury. — Los ayudas de cámara del rey. — Mad. de Mailly. — La casa de Nesle. — El rey enamorado. — Su timidez. — Falta de la reina. — Mr. de Richelieu. — La primera entrevista. — Mr. de Fleury proporciona otra. — Mad. de Mailly victoriosa. — Su retrato. — Jansenistas y jesuitas. — San Luis Gonzaga. — María Alacoque. — El padre Girard. — Catalina Lacadiere. — El concilio y el parlamento. — Mr. Herault lugarteniente de policía.

Nada en efecto era más inocente que la corte de Luis XV, en la época á que hemos llegado, esto es al 4.º de enero de 1732.

Al regente se debía aun esta castidad de Luis XV. Disoluto en cuanto á él, ateo y blasfemo, había preservado el yástago real, cuya guardia le había dado Dios, de todo contacto con la orgía universal de que él era jefe. Luis XV había salido de las manos del moderno Sardanápalo, con la túnica blanca de Eliacin.

Por lo tanto, ¡qué feliz existencia habría sido la de

esta pobre princesa, que habían ido á buscar á una antigua encomienda de Alemania, para hacerla reina de Francia, si al mismo tiempo que la mujer hubiese ella sabido ser la querida de su real esposo! Á los ojos de Luis XV, era María Leezinska la más bella de todas las mujeres, y la fecundidad de la reina era la prueba más evidente de que el rey no se atenia á las meras alabanzas. En primer lugar, y á los diez meses de matrimonio, dió á luz una princesa, después dos gemelas, y en seguida un hijo; este delfin, cuyo nacimiento fué origen de tantas fiestas; después el duque de Anjou, que había venido á consolidar el cetro en la mano de la rama primogénita. ¡Cinco hijos en cinco años, y el padre de esta numerosa familia apenas tenía veintiún años!

Y sin embargo, al rededor del rey no había más que placeres. Hemos hablado de los amores de todas las grandes damas de la época. Todos los amores se cruzaban como una red en que todos los corazones quedaban presos, menos el del rey. María Leczinska era su único amor, la caza su único placer.

Era una cosa maravillosa el ver las cacerías de la juventud de Luis XV, con todas aquellas galantes amazonas que le seguían. La bella condesa de Tolosa, Mdle. de Charolais, Mdle. de Clermont, Mdle. de Sens, todas aquellas heroínas de las pinturas de Vanloo, que nos ha dejado vivas, después de un siglo de esta vida mitológica de que toda la época está perfumada. Estas cazadoras, no castas como Diana, sino amorosas como Calipso, que corrían los bosques de Rambouillet y de Vincennes, de Boulogne, de Versalles y de Satory, no en carretela como Mad. Enriqueta de Montespán y de La Valliere, sino á todo escape de sus caballos, empolvados los cabellos, ata-

dos con cadenas de perlas y rubíes, con el sombrero de tres picos inclinado con coquetería sobre la oreja, la amazona con solapas, ajustada al talle y arrastrando hasta el suelo, sin ocultar, sin embargo, el abreviado pie que estimulaba al caballo con acicate de oro.

Estas cacerías no estaban exentas de peligros; ciervos y jabalíes vendían caras sus vidas á los ilustres picadores que los perseguían con la jabalina en la mano. En una de estas cacerías fué muerto Mr. de Melún; éste era el amante de Mdle. de Clermont, pero era tan indolente la joven princesa, que la señora duquesa preguntaba al día siguiente:

— ¿Creéis que Mdle. de Clermont se haya apercibido de que su amante ha muerto?

Después, á la vuelta eran las magníficas cenas como acostumbran los talentos y estómagos de veinticinco años: las noches se pasaban en el juego, noches más agitadas y calientes que los días, y en que el oro corría sobre las mesas formando brillantes cascadas. El rey jugaba como su abuelo Enrique IV, sólo que Enrique IV ganaba siempre, y el rey perdía algunas veces. Entonces era necesario recurrir á Mr. de Fleury, el cual regañaba, y pagaba, porque él creía que valía más para su ambición que el rey pasase los días cazando y las noches jugando, aunque costase algunos millares de libras al tesoro, que no que se metiese en los negocios del Estado.

En todas estas reuniones reinaba una gran libertad en acciones y palabras; esta era la moda de aquella época, y la princesa Palatina y la duquesa nos han enseñado á llamar las cosas por sus nombres. Durante cerca de un siglo no tuvo la lengua francesa nada que envidiar á la latina bajo este concepto.

¿Quiérese un ejemplo de esta libertad de lenguaje?

él se presenta á nuestra vista y por consiguiente á nuestra pluma, hele aquí:

Una tarde, después de una de estas cacerías en que se había córrido el bosque todo el día, una de las damas que estaba en cinta empezó á experimentar los primeros dolores que indican un próximo parto: hubo un momento de espanto, porque esto pasaba en la Muette, y era imposible trasladar la señora á Paris, y acaso no daría tiempo para hacer venir un médico de Paris. El rey se hallaba en el mayor apuro.

— ¡Oh, Dios mío! exclamaba, pero si la operación urge como se dice, ¿quién se encargará de ella?

— Yo, sire, respondió el primer cirujano La Peyronie que se encontraba allí. Yo he parteado en otro tiempo.....

— Si, dijo Mdle. de Charolais; pero este ejercicio exige práctica, y acaso no estéis al corriente ahora.

— ¡Oh! no tengáis el menor recelo, Mdle., dijo La Peyronie, picado de que se hubiese dudado de su ciencia, no se olvida más fácilmente el sacarlos que el meterlos.

Mdle. de Charolais, á quien la metían y sacaban uno todos los años, tomó el negocio por sí y se levantó furiosa. La Peyronie, bastante inquieto, la seguía con la vista, cuando habiéndose cerrado la puerta luego que pasó la princesa, una estrepitosa carcajada le tranquilizó.

Una vez que el rey se había reído, perdía toda su fuerza.

Mr. de Fleury no era de ninguna de aquellas expediciones, y daba por excusa su vejez, y Luis XV se felicitaba de eximirse de este modo de la doble vigilancia del preceptor y del ministro; pero Mr. de Fleury no ignoraba nada de cuanto pasaba en aquella

intimidación, porque cada cual se convertía en espía por lograr una sonrisa del viejo Mentor, y Mad. de Tolosa era la primera.

Así es, que Mr. de Fleury no sabía negarle cosa alguna.

En estas reuniones de la Muette y de Rambouillet, se preparó para el duque de Penthièvre, hijo del duque de Tolosa, y siendo niño todavía, la supervivencia de la dignidad de grande almirante y demás gobiernos de su padre. Allí fué también donde se preparó la desgracia de Mr. de Chauvelin, guarda-sellos y ministro de Estado. Finalmente, allí fué donde se reconoció y se desarrolló desde los primeros síntomas, aquella tendencia hacia el placer que las negativas conyugales de la reina hicieron al fin nacer en el corazón del rey.

La que con más impaciencia había seguido estos progresos, era Mdlle. de Charolais; había ya dos ó tres años que sus ojos no abandonaban al joven príncipe, á quien le habían atribuido sucesivamente, pero sin ninguna certidumbre y sobre las probabilidades solamente, la condesa de Tolosa, Mdlle. de Clermont, Mad. de Nesle, Mad. de Rohán y Mad. la duquesa.

Á pesar de estas buenas fortunas de que se hacía circular el rumor, era el rey de una timidez que la emprendedora princesa resolvió vencer. Hizo un día unos versos que escribió de su puño sin procurar desfigurar su letra, y se los introdujo con disimulo en la faltriquera á Luis XV.

Estos versos, en que se admiraba de la indiferencia del rey para con las damas, y en que se le excitaba á que se dejase amaestrar por ellas, porque el imperio del amor era superior al de los príncipes, no eran buenos, pero tenían la ventaja de decir claramente lo

que querían decir, y la crónica pretende que Mdlle. de Charolais no perdió el tiempo que invirtió en componerlos.

Pero Mdlle. de Charolais era una querida demasiado ligera para retener por mucho tiempo á Luis XV; y bien pronto se echó de ver, que si ella había distraído al rey de sus amores conyugales, solo fué momentáneamente.

Maria Leczinska, en efecto, poseía siempre el corazón de su marido, y tenía un poder absoluto en todo lo que no incumbía á Mr. de Fleury. Toda influencia en contraste con la de Mr. de Fleury era perdida, aun la misma influencia real. Era intratable, sobre todo, el avaro ministro en las cuestiones de dinero. La reina, buena y benéfica, gastaba el poco dinero que tenía en obras de caridad. En Compiègne, dejó una vez todo cuanto dinero poseía en dinero y alhajas, á los comerciantes y á la escuela de artillería; cuando regresó á París se vió obligada á buscar dinero prestado para poder jugar.

Mad. de Luynes, testigo de este embarazo, procuró en vano decidir á Maria Leczinska á pedir un suplemento de pensión; se negó obstinadamente á ello, respondiendo que estaba segura de que no sacaría del primer ministro más que una humillante negativa. Entonces Mad. de Luynes resolvió de tentar el negocio por sí misma, y por propia inspiración se fué á ver al cardenal, á quien manifestó la posición de la reina. El cardenal se contentó con responder, que él arreglaría el negocio con el general Orri.

Efectivamente el cardenal se ocupó en el primer trabajo que tuvo con el regulador general del estado de las rentas de la reina, y le mandó que entregase á S. M. cien luises por una vez. El general prevenido

por Mad. de Luynes, le manifestó que esta cantidad era demasiado módica, representando respetuosamente al primer ministro, que cien luises era lo que él, siendo simple particular, daría á su hijo si se hallase como la reina, en apuro por sus limosnas. ¡Pues bien! añadid cincuenta luises, dijo Mr. de Frejus. Orri insistió todavía diciendo, que ciento cincuenta luises no serían suficientes y que él no se atrevería jamás á presentar á la reina una cantidad tan mezquina.

Para libertarse Mr. de Fleury de aquella especie de apremio, aumentó aun la cantidad con veinticinco luises más; en fin, de veinticinco en veinticinco luises le sacó el director general hasta doce mil francos.

Habiendo conseguido esta determinación, fué Orri á buscar á la reina, y se la participó preguntándola si sería suficiente. Maria contestó que quedaba muy satisfecha, y todo quedó concluido, excepto que el obispo encontró el medio de diferir la entrega de los doce mil francos más de tres meses, y la reina no pudo pagar sus deudas y habilitarse para el juego, hasta que se le pagó su asignación acostumbrada.

Desgraciadamente, la reina, que tenía aun un apoyo en su marido, vino ella misma á perderlo por su falta y gratuitamente.

Sea cansancio de sus frecuentes partos, sea tedio hacia su esposo, afectó Maria Leczinska una tibieza que ofendió á Luis XV y le alejó de su mujer, que habria podido hacer de él, si hubiese querido, lo que la reina de España hacia de Felipe V.

Así, pues, nada transpiraba todavía sobre los amores secretos de Luis XV, cuando el 24 de enero de 1752, el rey, en una de sus peti-cenas en que había bebido más que de costumbre, levantó el brazo y

habiendo echado un brindis á la *querida desconocida*, rompió su copa, invitó á los convidados á que hiciesen otro tanto que él y á adivinar el nombre de esta desconocida.

Entonces cada cual nombró á la dama que se le vino á las mientes. Los convidados eran veinticuatro incluso el rey, siete se pronunciaron por la señora duquesa, siete por Mdlle. de Beaujolais, y nueve por Mad. Lauraguais, nieta de Lassay, y nuera del duque de Villars-Branca, que había un mes que estaba en la corte.

Desde este día se desvanecieron todas las dudas, se supo que el rey tenía una querida, sólo que no se supo quién era.

Esta ignorancia atormentó á los cortesanos y particularmente al cardenal; una querida era acaso un amo; cada cual quería entrar por algo en los futuros amores del rey.

El duque de Richelieu, que había vuelto de Viena más en favor que nunca y que habia vuelto á tomar en la corte puesto en primera línea, produjo la mujer del presidente Portail; era ésta una bella persona de veintitrés á veinticuatro años, maliciosa, coqueta y ligera hasta tocar en locura.

Los ayudas de cámara fueron los encargados de los pormenores de la primera entrevista. El rey pasó una noche con ella, pero pasada esta noche se espantó del carácter de esta nueva querida, y no queriendo volver á verla más, aunque le dió cita para la noche siguiente, encargó á uno de sus compañeros de mesa llamado Lúgeac que fuese á ocupar su lugar. No se lo hizo éste repetir dos veces, ocupó el lugar del rey, engañó á un tiempo á Richelieu y á Mad. Portail y se retiró antes que fuese de día muy satisfecho de la agradable

comisión que el rey le había dado al encargarle que hiciera sus veces.

Al día siguiente recibió Mad. de Portail orden concediéndole dos mil escudos de pensión. La orden iba firmada por el primer ministro.

Habiendo recibido esta orden, comprendió la presidenta que nada tenía que esperar del rey, y como ella era de un carácter muy ligero, resolvió aprovecharse de la moda en que la había puesto la visita del rey. Empezó, pues, á formar intrigas amorosas con todos los señores de aquel tiempo. Vivía en la plaza Real, que era como es sabido el barrio de la alta clase, cada casa tenía á lo menos su señor, joven, lindo, elegante, con entrada en la corte; fuese apuesta ó realidad, Mad. de Portail empezó sus peregrinaciones por la derecha, siguió siempre adelante y concluyó por la izquierda.

Dió la vuelta á la plaza sin olvidar ni una sola casa.

Como Mad. de Portail había sido presentada por Mr. de Richelieu, todos estaban sorprendidos de la influencia reunida de una favorita y de un favorito; cada cual, para cerrar la corte á la bella presidenta, se dió prisa á hacer pública su aventura con ella. Todas estas aventuras reunidas causaron un rumor tan grande, que Mr. de Maurepas, enemigo particular de Mr. de Richelieu y que aborrecía á todas las mujeres que podía suponer relacionadas con el duque, sorprendió una orden para encerrar á Mad. de Portail, con la sola diferencia de que el rey indicó un convento, en lugar de una prisión.

La orden fué ejecutada por el mismo Mr. de Maurepas.

Pero este era un segundo aviso al primer ministro para que tomase sus precauciones. Se celebró un con-

sejo entre el ex-preceptor, la duquesa y los tres ayudas de cámara Bontemps, Lebel y Bachelier; los votos unánimes recayeron en Mad. de Mailly.

Diremos dos palabras sobre la casa de Nesle emparentada con la de Mailly.

Era esta una noble y antigua casa conocida en Europa desde el siglo xi por la persona de Anselmo Mailly, tutor del conde de Flandes, gobernador de sus estados y muerto en el sitio de Lila; su blasón había figurado entre los más nombrados en tiempo de las cruzadas, y las numerosas ramas de la familia que ocupaban el primer puesto en el Estado, llevaban con altivez y fiereza sus armas con los tres martillos y su soberbia divisa: HOGNE QUI VOUNRA.

El marqués Luis III de Nesle, primogénito de la raza, se había casado en 1709 con Mdle. de Laporte-Mazarin, cuya galantería se había hecho proverbial. María Leczinska, de quien era dama de honor, conocía todas estas galanterías, pero jamás le hizo el menor reproche sobre ellas; tan solamente cuando sabía ó creía saber que Mad. de Nesle tenía alguna cita, la detenía haciéndole leer ó la *Imitación de Jesucristo* ó la *Biblia*.

Esta era la expiación del pecado que había tenido ganas de cometer.

Esta Mad. de Nesle era la que se decía tres ó cuatro años antes de la época á que hemos llegado, que fué pasajeramente la querida del rey.

Murió en 1729 dejando cinco hijas, todas las cuales llamaron la atención al rey.

La primera, Luisa Julia, se casó con su primo Luis Alejandro de Mailly.

De ésta es de la que ahora se trata.

La segunda, Paulina Felicidad, se casó con Félix de Vintimille.

La tercera, Diana Adelaida, se casó con Luis de Brancas, duque de Lauraguais.

La cuarta, Hortensia Felicidad, se casó con el marqués de Flaracourt.

En fin, la quinta, María Ana, se casó con el marqués de la Tournelle.

Esta fué la famosa Mad. de Chateauroux.

Era, pues, la mayor de las hijas de Nesle, la que Mr. de Fleury tuvo por conveniente que el rey amase; pero ya lo hemos dicho, Luis XV era muy honesto, muy religioso, y aun muy sometido á las *preocupaciones* de familia, y no era hombre para ayudar á su preceptor en esta grande empresa. — Se hizo de modo que Mad. de Mailly se encontrase muchas veces con el rey, pero como el rey habló solamente con los ojos, se determinó que los dos ayudas de cámara Bachelier y Lebel harían seguir la intriga.

Este Bachelier, que ha hecho un papel en esta época en que la historia no es más que una crónica amorosa, era hijo de un herrador que había dejado su país y su banco para seguir á Mr. de la Rochefoucauld, que le nombró primeramente su ayuda de cámara y que después consiguió para él el título de criado del guardarropa.

Entonces se hizo ennoblecer por el rey, y murió dejando un hijo, que habiendo comprado el empleo de Blouin, fué uno de los cuatro ayudas de cámara de Luis XV y acabó á su vez por morir siendo gobernador del Louvre, después de haber casado á su hija con el marqués de Colbert.

En cuanto á Lebel, cuyo hijo fué después empleado en el servicio particular del rey, era nieto de un con-

serje del gran comun, llamado Dominique; su padre había sido conserje del palacio de Versalles, y fué uno de los cuatro ayudas de cámara.

En cuanto á Mad. de Mailly, la persona encargada de negociar este asunto era Mad. de Tencin, nuestra antigua conocida, Mad. de Tencin que, á pesar de sus amores casi públicos con su hermano, á pesar de sus estrepitosas galanterías, había conservado relaciones directas con Mr. de Frejus, cerca del cual desempeñaba los dos cargos que desempeñaba en otro tiempo cerca del cardenal Dubois, de cuya política estaba encargada.

Mientras que Mad. de Tencin preparaba á Mad. de Mailly, los dos ayudas de cámara sondeaban el rey.

El rey encontraba á Mad. de Mailly encantadora, mas siempre era á la reina á quien iba á parar; el resultado de la conversación fué que envió á Bachelier á prevenir á la reina, que iría á pasar la noche con ella.

La reina respondió que lo sentía en el alma, pero que no podía recibir á S. M.

Esto era precisamente lo que deseaban los dos tentadores.

Pero Luis XV no se dió por vencido. Envió al ayuda de cámara segunda y aun tercera vez, y siempre volvió con la misma respuesta.

Irritado entonces Luis XV, juró que no habría en adelante contacto entre él y la reina, y *que jamás le pediría el débito*.

Esta expresión pinta maravillosamente el aspecto bajo el cual María Leczinska correspondía á las insinuaciones amorosas de su esposo.

En este momento entró Mr. de Richelieu, que iba enviado por los amigos de Mad. de Mailly, y sin duda

había sido prevenido por algún mensaje secreto de uno de los dos ayudas de cámara sobre la oportunidad de la ocasión.

El puso al rey en el caso de hablar de la reina, y Luis XV que estaba ocupado de lo que acababa de suceder, se lo contó al duque, quien preguntó al rey si creía que se pudiese vivir con un vacío semejante en el corazón, y si en verdad no había hecho todo cuanto es posible humanamente hacer por permanecer fiel á su mujer; el rey suspiró, y el duque pronunció el nombre de Mad. de Mailly.

Este nombre despertó un recuerdo agradable en la memoria y en el corazón del rey. Luis XV confesó que era una mujer encantadora, y que sería una preciosa querida; de aquí resultó que quedase aplazada una entrevista.

Pero gracias á la profunda timidez del rey, fué infructuosa esta primera entrevista, cuyo único resultado fueron algunas palabras que apenas revelaban alguna galantería.

Mad. de Mailly salió furiosa, ella se creía el juguete ó la víctima de alguna intriga; le parecía imposible que un hombre joven, hermoso, á quien venía á ofrecerse, que por consiguiente no tenía más que alargar la mano y tomar, fuese tímido hasta tal extremo: tanta timidez se parecía al desprecio.

El rey estaba por su parte avergonzado y descontento de sí mismo. En realidad era una mala vergüenza la que le había retenido, y se prometía que si la ocasión volvía á presentarse no caería en la misma falta.

Esta promesa que el rey se había hecho á sí mismo, fué referida á Mad. de Mailly, que se decidió á tentar fortuna en una segunda entrevista. Sólo que esta vez

fué el obispo de Frejus, que teniendo un conocimiento más perfecto del corazón de su discípulo, le preparó á la lucha con sus consejos y persuasión.

Mad. de Mailly decidida á aventurar el todo por el todo, salió de casa de Mr. de Frejus para dirigirse al cuarto del rey.

Pero á la vista de la bella tentadora, se apoderó de Luis XV la misma timidez que anteriormente; felizmente para Mad. de Mailly, ella había protestado, como el rey, que no saldría del gabinete sin haber conseguido su propósito, aun cuando tuviese que hacer el papel del rey, puesto que éste se había encargado del de ella.

Mad. de Mailly se cumplió la palabra que se había dado á sí misma, Luis XV atacado, no opuso más que una débil resistencia, ó más bien pasó de la defensa al ataque. La victoria era cosa fácil, pues que Mad. de Mailly nada deseaba tanto como ser vencida. Al cabo de una hora de derrotas sucesivas, salió toda descompuesta, y entrando en casa de Mr. de Fleury donde halló á Mr. de Richelieu y á Mad. de Tencin, no dijo más que estas palabras que efectivamente no necesitaban de comentarios;

— Mirad cómo me ha puesto ese.....

Pretenden algunas personas, y entre ellas Mr. de Richelieu, que fué absolutamente indispensable la intervención del ayuda de cámara Bachelier, para que Mad. de Mailly no saliese esta segunda vez de la real cámara como había entrado.

Por último, que Bachelier ayudase al desenlace de la empresa, ó que los honores pertenezcan exclusivamente á Mad. de Mailly, lo cierto es que Mad. de Mailly era la querida del rey, que era precisamente lo que se quería.

Efectivamente, Mad. de Mailly era la mujer que convenia á un mismo tiempo al amor del rey y á los proyectos de Mr. de Fleury.

Esta señora habia nacido en 1710, y por consiguiente era de la edad del rey. Ella tenia cierto tono de decencia, de que solamente habia podido sacarla la importancia de la situación; su voz era algún tanto áspera, pero hablando de amor se suavizaba, sus ojos eran grandes y hermosos, llenos de fuego y brillantéz, era morena, tenia la cara larga, hermosa frente y mejillas un poco aplastadas.

Era para con el rey dulce, reservada, tímida, sin ambición, sin conocimiento de los negocios de Estado, de carácter igual, amiga segura, incapaz de una falsedad, compañera recta sobremanera, enemiga de la intriga.

La experiencia justificó la opinión que se habia formado de ella; aunque querida del rey sólo le amaba por él mismo, y porque era el más amable y más hermoso de su corte y aun de su reino; contenta con amarle secretamente, nunca trató de hacer uso de su favor; jamás en todo el tiempo que duró este favor pidió una sola gracia para sí ni para sus parientes, sin recibir del rey más que algunos regalos de corta entidad, y que un simple particular no se habria atrevido á ofrecer á su querida. Contrayendo deudas para su toaleta, que siempre fué muy esmerada, pagando ella misma los gastos secretos de las diversiones en que el rey tomaba parte; tan poco exigente, en fin, en el adorno de su casa, que en 1741, nueve años después de sus relaciones con el rey, no tenia ni candeleros ni tantos de plata para recibir á su real amante cuando iba á jugar con ella, y en estos casos se veia obligada á buscarlos prestados entre sus amigos.

Dos personas hicieron mucho ruido de esta intriga. Mr. de Mailly y Mr. de Nesle, el padre y el marido.

Al marido se le mandó que cortase toda relación con su mujer. El padre, que estaba muy atrasado, calló mediante quinientas mil libras.

Esto era comprar á bien bajo precio el honor de la casa de Nesle.

Algún tiempo antes de los acontecimientos que acabamos de referir, esto es, el 21 de enero de 1752, se firmaba en Versalles el contrato matrimonial entre Mdle. de Chartres y el príncipe de Conti, los cuales fueron desposados el día siguiente por el cardenal de Rohán.

Este príncipe de Conti era hijo del famoso príncipe de Conti de quien hemos hablado, y que, muerto en 1727, habia dejado por sucesor de sus títulos, de sus bienes y de su nombre, al conde de la Marche.

Algunos días después, la madre del príncipe de Conti, Maria Teresa de Borbón-Condé, que disputaba periódicamente con su hijo, y continuaba levantando su palacio durante el curso de estas disputas, murió á su vez, de edad de setenta años.

No quedaban ya del nombre de Conti más que los dos feudatarios, el príncipe de Conti que acababa de casarse, y un tío de éste, gran prior, hombre de talento, y del cual hemos citado un chiste bastante satirico con motivo de la muerte de Duchaufour.

Era además un príncipe valiente, amable, excesivamente vivo, celoso de su dignidad y pródigo, hasta degenerar en locura. Un día fué á decirle su escudero que se habia acabado el forraje en sus caballerizas. Furioso con motivo de semejante descuido, llamó á su intendente, el cual se excusó diciendo que el tesoro no habia querido dar dinero. Mandó entonces el prin-

cipe comparecer al tesorero, que se excusó diciendo que no había dinero en caja, y que el proveedor se negaba á dar más forraje sin dinero.

El caso era grave, y por lo tanto el príncipe se puso á reflexionar por la primera vez de su vida ; y después de haber reflexionado, preguntó :

— ¿ Quién nos fia todavía ?

— Nadie, á no ser el pastelero.

— Pues bien, dijo el príncipe, haced que se les den pollas á mis caballos.

El 2 de junio fué bautizado el joven duque de Chartres y se le pusieron los nombres de Luis Felipe por sus padrinos, que fueron el rey y la reina.

Este príncipe, que se casó con Mad. de Montesson, fué el padre de Felipe Egalité y abuelo del rey de los Franceses Luis Felipe.

Se tendrá presente, que avanzando en el orden cronológico, hemos contado en el capítulo precedente, que se mandó cerrar el cementerio de San Medardo, y las turbulencias que habían causado los milagros del diácono Paris.

El año de 1732 fué en efecto muy agitado por las disensiones religiosas. Al diácono Paris, ó más bien á san Paris que era jansenista, habían opuesto los jesuitas otros dos beatos, un santo y una santa, que habían hecho casi tanto ruido como él: san Luis Gonzaga y santa María Alacoque.

San Luis Gonzaga era uno de estos santos que deben tener boga en el mundo. Verdadero santo de mujeres y de jesuitas, joven, encantador, paje de la corte del rey Felipe II, había visitado la de los grandes duques de Toscana, había gozado de todos los placeres del mundo, y pronto la sociedad ocupó su corazón.

Entonces se hizo amigo de san Francisco de Sales,

pasó á meditar la verdad, y á ocuparse en la oración, el tiempo que los demás jóvenes de su edad invertían en amorios, en dar serenatas, y en correr aventuras. San Ignacio era para él un santo ejemplo. De una gran familia, como aquél, joven y bello caballero, también como él, no había empezado por romper lanzas por los ojos negros que brillaban debajo de las mantillas de Valladolid y de Madrid. Hizo como san Ignacio : un día renunció á sus vestidos de oro y seda, renunció á las corridas de toros de Sevilla y de Burgos, y fué á Roma para pasar su noviciado. Allí un papa, grande hombre, le echó la bendición y Dios le santificó dándole el más bello martirio, el de la humanidad.

Este papa era Sixto Quinto; el martirio fué el contagio que diezmó á Roma. Gonzaga entró en los hospitales, se consagró al servicio de los pobres enfermos, y murió en 1591, á los 25 años de edad.

Beatificado por Gregorio XV, acababa de ser canonizado por Benedicto XIII.

San Luis Gonzaga tuvo entonces en todas las iglesias de los jesuitas una capilla donde se podría venerar su cara de arcángel, al resplandor de mil cirios.

Es necesario convenir en que santa María Alacoque se prestaba menos á la poesía que san Luis Gonzaga. Así es que fué el blanco de los epigramas y dichos satíricos.

Por de contado la buena mujer, santificada bajo el nombre de María, se llamaba en realidad Margarita.

Nació el 22 de junio de 1647, en Lautecourt, diócesis de Autún, y murió en 16 de octubre de 1690.

Siendo de edad de tres años, dice su historiador, indicaba ya la mayor aversión al pecado.

Su vida no fué más que un continuado coloquio con Dios, una perpetua comunicación de amor con Jesu-

cristo. Dió á luz una obra mística, intitulada : *La devoción del corazón de Jesús*, la cual fué origen de la fiesta del Sagrado Corazón.

Mr. Languet, obispo de Soissons, la canonizó; y por lo tanto sobre él cayeron los epigramas y sátiras primeras.

He aquí algunos de los epigramas que corrieron por las calles en aquel tiempo.

Por parecerse á Fenelón,
Ha tomado Languet una Guyón
Que sin escrúpulo canoniza.
Languet, te molestas sin fin,
Porque harás morir de risa
Sin ser ayo del delfín.

Otro.

Monseñor de Soissons nos provoca
á la risa :
Con su Maria Alacoca
él preconiza.

Á pesar de estos epigramas y de otros muchos, santa María Alacoque estuvo muy de moda. San Luis Gonzaga fué la expresión del amor á la humanidad, santa Maria Alacoque fué la expresión del amor á Dios.

En este momento dió la casualidad á los jansenistas una arma terrible contra los jesuítas.

No se habrá olvidado aquel singular proceso del padre Girard y de Lacadiere, proceso semejante á aquellas oscuras acusaciones que perseguían á los brujos y á los sacrilegos de la edad media.

Era el padre Girard un hombre de cincuenta y dos

años, bastante bien conservado para su edad, lleno de elocuencia, de unción y de aquella predicación sensual propia de la escuela jesuítica.

Su familia gozaba de consideración en el Franco-Condado : después de haber recorrido la Provenza, fué enviado á Aix, en 1718, y diez años después á Tolón.

En esta ciudad fué donde conoció á Catalina Lacadiere.

Tenia esta joven diez y ocho años, y era bella como un ángel, viva y exaltada como una provenzal. Santa Teresa habia sido su modelo : cuando los honores tributados á Maria Alacoque contribuyeron á perturbar su cerebro, quiso ella tener también entonces sus éxtasis, conversaciones con Dios y comunicaciones con Jesús.

Tan luego como ella quiso absolutamente tener visiones, las tuvo y las comunicó al padre Girard, su confesor. Era esta la época en que cada predicador queria tener su santa, y el padre Girard creyó que habia encontrado la suya. Prestó crédito y aparentó prestarlo á sus visiones, y la excitó por este medio á nuevas locuras. Ella pasó toda la cuaresma del año de 1750 sin comer, á lo menos ostensiblemente, y al fin de la cuaresma estaba tan débil que no podia salir de su cama. En este estado de endebles, las visiones fueron más frecuentes, y más íntimos los éxtasis. En fin, una mañana la encontró el padre Girard en su cama con la cara llena de sangre. Espantado al verla así, preguntó el director á su penitente, quien le dijo que aquella sangre procedía de una llaga que, durante el sueño, le habia hecho un ángel en el costado. El padre Girard dudó ; mas la joven, con la expresión de una profunda inocencia, le invitó á que

cerrase la puerta, y que como santo Tomás viese por sus ojos y tocase con sus manos.

El pobre jesuita se creyó fuerte contra la tentación: cerró la puerta y miró.

¿Qué pasó en aquella entrevista y qué éxtasis fueron la consecuencia? Este era un particular cuyo examen se encargó al parlamento de Aix.

Acusábase al padre Girard de seducción, de incesto espiritual, de magia y de brujería.

La sentencia expedida por el tribunal en 10 de octubre de 1731 absolvió al padre Girard de la causa, pero por la mayoría de un voto solamente; de veinticinco jueces que eran, doce le habían condenado á ser quemado vivo.

Semejante absolución equivalía á una media condena; así es que llovieron los epigramas, y aunque á la verdad valían poco, manifestaban el espíritu de aquel tiempo.

Todas estas querellas de los jansenistas y de los molinistas, en que se ponía por delante la inviolabilidad del alma bajo el velo de la resistencia religiosa, organizaban una verdadera resistencia política. Mr. de Fleury resolvió poner fin á este cisma que no había preocupado mucho á un primer ministro, príncipe de la sangre, pero que debía preocupar naturalmente sobremanera á un primer ministro cardenal. Pero Mr. de Fleury no era hombre capaz de adoptar uno de aquellos partidos á lo Luis XIV, ó á lo Richelieu. Él era sulpiciano, y por lo tanto enemigo de los jansenistas; pero de un carácter moderado é incapaz de una gran persecución. Mandó, pues, que se formase una asamblea del clero, un concilio puramente francés, lo cual era en la apariencia, por lo menos, servir las intenciones de los jansenistas, celosos par-

tidarios de las prerrogativas de la Iglesia galicana.

Esta asamblea, en que no tenía parte el pontificado romano, se proponía reunir los hombres más distinguidos del episcopado, á fin de que examinasen el estado de la Iglesia y adoptasen una determinación acerca de un libro que acababa de publicar Juan Soanen, obispo de Sens, enemigo encarnizado de la bula *Unigenitus*.

Púsose el concilio bajo la dirección del obispo de Embrún, que no era otro que nuestro antiguo conocido Mr. de Tencin.

Examinóse el libro con la mayor atención, y casi unánimemente declararon los obispos que contenía doctrinas contrarias á la religión y á la obediencia que los obispos deben al papa; así es que los jansenistas acusaron de corrupción al concilio de Embrún, como habían acusado al parlamento de Aix.

Al juicio del concilio se opuso esta respuesta del eco:

¿Cuál ha sido el motivo del concilio que se ha tenido en la metropolitana? — Odio.

¿Estás bien informado de lo que allí ha pasado? — Bastante.

¿Se han observado bien los cánones? — No.

¿Se ha tratado de algún punto acerca del dogma, la disciplina y las costumbres? — Nada.

¿Cómo se llama en todas partes á aquel á quien se ha juzgado en el concilio presidido por Tencin? — Santo.

¿Qué es lo que ha sostenido que ha obligado á los obispos á formarle un proceso y tratarle con la mayor severidad? — Verdad.

¿Qué serán un día los obispos que le han condenado? — Condenados.

¿Quién ha conducido á este prelado á la silla? —
Dios.

¿Qué trato le ha tenido el obispo de Grenoble? —
Noble.

— Qué obtendrá Tencin en recompensa de su dignidad? — Dignidad.

¿Alcanzará el capelo por este proceder inaudito? —
Sí.

¿La confianza y el agiotaje no le perjudicarán? —
Nada.

¿Qué le toca á este prelado esta religiosa sin velo de quien todo Paris habla? — Hermana.

Adiós eco, no ceses jamás de repetir lo que acabas de decirnos, mientras que la fama va á publicar por todo el mundo la gloria de este santo prelado y la vergüenza de sus jueces.

Lo que había en esto de peor para el gobierno del Estado, es que este espíritu jansenista, que por todas partes vemos organizar una resistencia obstinada, conociendo su fuerza, pasó de la defensa al ataque. Todo el parlamento entero era jansenista; así es que el rey le envió á Rambouillet para un lecho de justicia; y allí en toda la majestad de su corona, declaró el rey que no quería tolerar ya más aquellas resistencias y que mandaba que se ejecutase su voluntad.

El primer presidente trató de hablar, pero el rey le impuso silencio diciendo en alta voz: ¡ Callad!

Antes que concluyese la sesión, ya corrían por los bancos del parlamento cuatro versos: en que se decía que no habiendo dicho Luis XV jamás una palabra en el parlamento, la primera que había dicho no era el mandato de un tirano, sino una tontería.

El presidente se calló, y el parlamento imitó su ejemplo; mas no bien llegó á Paris toda la corpora-

ción protestó, no solamente contra la bula, sino también contra el lecho de justicia que se había tenido en Rambouillet.

Al día siguiente se leían en todas las esquinas de Paris estos cuatro versos:

Amigo, ¿sabes el reciente hecho?
La justicia está desesperada,
El rey fué á verla en su lecho,
Y parece la dejó violada.

Pero al mismo tiempo se remitió la lista de los rebeldes al prefecto de policía Mr. Herault; y los más recalcitrantes de los individuos del parlamento fueron desterrados á Bourges, á Reims, á Rambouillet, á Poitiers, y aun á la isla de Olerón.

Una canción contra Mr. Herault hizo público este último acontecimiento: una canción en aquel tiempo hacia pública cualquiera ocurrencia. La compuesta con este motivo se cantaba con la misma música que la canción del preboste de los mercaderes.

El resto del año se pasó sin más acontecimiento que la representación de *Zaida*, que se dió en el mes de diciembre, consiguiendo grandes aplausos.